

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION

Barcelona: un trimestre adelantado. 1 ptas.
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

Fonollar, 24 y 26

Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º-
Madrid: Almagro, 8 entr. derecha
-Alicante: S. Francisco, 28, dup.º

SUMARIO.

¡El amor en la Tierra!—A un Espiritu, (poesia.)—Antonio.

¡EL AMOR EN LA TIERRA!

Hace mucho tiempo que no extractamos ningun fragmento de las interesantes Memorias del Padre German; ocupados en otras tareas enojosas, no hemos podido absorber el purísimo sentimiento que brota de aquel raudal de inmensa ternura. ¡Libro bendito! ¡Fiel depositario de los secretos de un alma grande! ¡Cuánto se puede aprender en sus páginas!..... Mientras mas leemos mas sentimos, y queriendo hacer participes á nuestros lectores de las dulces emociones que experimentamos, narraremos el triste episodio que refiere el Padre German, al que puso por epígrafe: *¡El amor en la tierra!*

«¿Qué es el amor en la tierra? ¡Es un misterio indescifrable, Señor! Es, ó nube de humo que en espirales se evapora, ó charco cenagoso cuyos miasmas inficionan la atmósfera, ó terrible tormenta que todo lo arrasa dejando tras de sí, la desolacion y la muerte. ¡Oh! sí, sí; el amor en la tierra ó tiene la vida de las rosas que únicamente sonrien dos crepúsculos, el matutino y el vespertino, ó es causa de pasion nefanda que hace ruborizar al que la siente, ó una horrible tragedia cuyo desenlace es la muerte.

»¡Y aun dudan los impios, Señor! y niegan con tenaz empeño que tu guardas para tus hijos otros mundos, donde las almas puedan saciar la sed ardiente de su inmenso amor!

»Yo que te amo Señor, yo que espero y creo en tu infinita misericordia, yo sé que tú escucharás mi ruego, y que mañana sonreiré dichoso amando con delirio á una mujer!

»¡Era tan bella! aun la veo, con su frente pálida coronada de blancos jazmines, con sus negros rizos, y con sus ojos irradiando amor! ¡Y solo la ví tres veces Señor! ¡y en ninguna de ellas le pude decir que mi alma era suya!.... mis labios enmudecieron, pero no sé si mis ojos hablaron!

»¡Triste planeta tierra! Y este episodio de amor es el más santo, es el mas puro; estas afecciones sacrificadas en aras del deber son las que dejan tras de sí un perfume, una fragancia que nunca se evapora: el placer del dolor deja impreso en nuestro sér una sonrisa inmortal. Estoy contento de mi sacrificio, estoy gozoso de no haber gozado, porque el goce de la tierra no deja mas herencia que luto y lágrimas. Ahora lo he visto, ahora lo he tocado, ahora me he convencido que el placer en este mundo es la fuente abundante del dolor.

»Hace algun tiempo que sentia una especie de dulce envidia contemplando á dos séres dichosos. Al verlos sonreir yo decia: ¡Señor! ¿por qué yo no he podido sonreir así? ¿Por qué he tenido que vivir tan solo?..... Mas ¡ay! cuán breves dias tuve que envidiar!

»¡Pobre Lina! ¡Infeliz Gustavo! Aun me parece que soy víctima de una horrible pesadilla! pero no, es verdad, ¡es una espantosa verdad! Yo los he visto crecer!.... ¡quién me dijera que los habia de ver morir!..... Y hoy duermen junto á ella, al lado de la niña de los rizos negros!.... Mi familia del alma está en el cementerio!.. ¡Perdóname Señor! en mi dolor soy egoista y olvido que la familia del hombre es toda la humanidad. Todos los desgraciados son mis hijos, todos los desvalidos mis hermanos, todos los hombres mis amigos; pero..... estoy muy léjos de la perfeccion y aun tengo la debilidad de tener mis preferidos.

» ¡Hijos míos! ¡Gustavo! ¡Lina! ¡aun os veo cuando erais pequeños!.....

Hace veinte años en una mañana de abril vino á buscarme un niño que tendría siete primaveras: era hermoso y risueño como la primera ilusión del hombre: se cogió á mis hábitos y me dijo con voz temblorosa:—«A la hermana de mi madre le han traído una niña, ¡es mas bonita! Ya la verá V. padre, queremos que se llame Lina, venga usted, venga usted que ya la traen. Y el niño me hizo correr para salir al encuentro del ángel que venia á pedirme con su llanto el agua del bautismo. Durante la ceremonia Gustavo miraba á la niña y me decía con sus hermosos ojos: ¡Qué bonita es! Y el niño no mentía, porque la recién nacida era una criatura preciosa, que crecía entre flores y santas alegrías. Todos los habitantes de la aldea queríamos á Lina, todos nos disputábamos sus caricias y éramos dichosos cuando la niña se sonreía; porque habia en aquella sonrisa un destello celeste.

» Nada mas dulce y mas conmovedor que ver á aquella infantil pareja. Como Gustavo era mayor, se cuidó de ella mientras era pequeña: él la dormía en sus brazos; él la enseñó á andar y á pronunciar mi nombre, pues Gustavo como todos los niños de la aldea me quería mucho, y su mayor placer era traerme á Lina y sentarla sobre mis rodillas, y él se rescotaba en mi hombro y me decía con tierna admiración: ¡Qué bonita es Lina! Tengo unos deseos que se haga una mujer!.....—¿Para qué? le decía yo.—Para casarme con ella, replicaba Gustavo gravemente; y cuando estemos casados viviremos con usted. Ya verá usted padre, ya verá V. que contentos estaremos! Y yo me complacía en hacer hablar al niño, porque me estasiaban sus planes de felicidad. Lina escuchaba silenciosa, porque fué un sér que habló muy poco y sintió mucho. Al final de nuestras conversaciones yo salía ganancioso, porque los dos niños me abrazaban con la mas tierna efusión. ¡Horas de sol! ¡momentos de júbilo! ¡Cuán breves fueron!... ..

» ¡Con qué placer eduqué á Lina! era tan buena! tan humilde! tan cariñosa! No sé que lazo misterioso la unia á mí, que sus horas de fiesta siempre las pasaba en mi huerto; y su familia como la adoraban venia tras ella; que se cuidaba de los pájaros que anidaban en el viejo ciprés; cultivaba mis flores predilectos; y Gustavo á veces le decía por hacerla hablar:—Mira que tengo celos, creo que quieres al Padre German mas que á mí. Lina al oírle sonreía dulcemente y murmuraba: Tú me has enseñado á quererle. Y en estos tiernos diálogos pasábamos las tardes de los domingos. Otras veces me sentaba á leer y le decía á Lina y á Gustavo:—Pasead hijos míos pero á corta distancia para que yo os vea: vuestra felicidad me hace dichoso; no me priveis de ella. Y los dos jóvenes paseaban; él hablaba siempre, ella sonreía con una sonrisa celestial; y yo, en aquellos instantes veía á la niña de los rizos negros y decía entre mí: Yo tambien le hubiera hablado así, yo tambien le hubiera sabido espresar mi inmenso amor. ¡Gustavo vive!.... Yo no he vivido..... Todos tienen su asiento en el festin eterno de la vida, pero mi sitio ha quedado vacío..... mas esta ráfaga de egoismo pasaba pronto y exclamaba: ¡Perdóname Señor! Yo confío en tu: yo tambien viviré, porque al dejar la tierra encontraré á la niña de los rizos negros.

» Los dias pasaron. Lina iba á cumplir 17 años, y en el dia de su natalicio yo debía bendecir su unión con Gustavo y adquirir una familia, pues los jóvenes esposos debían habitar en una casita que habían hecho junto á mi huerto. Mi viejo Miguel estaba contentísimo: yo ya me veía rodeado de dulces cuidados, y todos hacíamos planes para las largas noches del invierno que estaríamos reunidos en torno del hogar; y nuestro corazón latía de gozo, cuando una mañana los habitantes de la aldea se despertaron sobresaltados, porque en todas las casas resonaron fuertes golpes dados con las alabardas en las puertas; mas lejos se oía el relinchar de los caballos que repetían los ecos de las montañas, y mil voces gritaban á la vez: ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Guerra al extranjero! ¡Guerra!

» Lina fué la primera que entró en la iglesia gritando: ¡Padre mio! ¿qué quieren esos hombres? han entrado en todas las casas..... las mujeres lloran..... los soldados blasfeman..... los jóvenes corren, los ancianos hablan entre sí..... ¡Venid, venid conmigo! parece que ha llegado el dia del juicio para esta aldea. Salí con ella y pronto me hice cargo de lo que pasaba. La guerra! ese dragon de voracidad insaciable, pedia carne humana, y los capitanes venían por ella á nuestra aldea.

» En menos de dos horas aquella risueña población quedó como si hubiese pasado la peste por ella: los bueyes mugían en los establos estrañando su forzado reposo, las ovejas lanzaban lastimeros balidos dentro del aprisco, las mujeres lloraban sin consuelo, los ancianos hablaban entre sí, y lanzaban tristes miradas al camino en el cual una densa nube de polvo denunciaba que algunos pelotones de caballería habían pasado por allí.

» Todos los jóvenes, todos los hombres fuertes para sostener un arma fratricida, fueron arrebatados de la aldea para que regaran con su sangre generosa los infecundos cam-

pos de batalla. Gustavo tambien se fué, solo tuvo tiempo para dejar á Lina en mis brazos y decirme:—¡Padre! á vos os entrego la vida de mi vida! velad por ella, y velareis por mí! Con doloroso frenesí, acerqué la cabeza del noble jóven á mi corazón y cubrí de lágrimas sus cabellos, en tanto que Lina sin voz, sin lágrimas, con la mirada estraviada perdió el sentido con la violencia del dolor. Cuando volvió á sentir, sus padres y los de Gustavo lloraron con ella su inmensa desventura.

»¡Qué dias tan tristes se sucedieron! La aldea parecia un cementerio: los trabajos del campo, única industria de aquel lugar puramente agrícola, quedaron poco menos que paralizados; la miseria tendió sus negras alas, el desaliento se fué apoderando de todos los corazones, y mas de una jóven venia á confesarme sus pecados diciendo con angustia:—¡Padre! ¿me castigará Dios porque me quiero morir?

»Lina no me decia esto, con el dolor se habia despertado de energía de su alma, y me decia con veemencia:—¡Padre! ¿Es verdad que si no viene nosotros iremos á buscarle? Yo no quiero que se muera solo, creeria que lo he olvidado y no podria dormir tranquilo en su sepultura. ¿Es verdad que iremos? y al decir esto me miraba de una manera que me hacia llorar como un niño.

»Pasaron tres años y en ese tiempo Lina perdió á sus padres, y los de Gustavo se hicieron cargo de ella; pero la jóven siempre estaba en mi huerto hablándome de él; parecia un alma en pena! De aquella preciosa criatura no quedaba vida mas que en los ojos que siempre tenia fijos en mí. ¡Cuánto me decia con aquellas miradas! habia momentos que no las podia resistir, porque sus negras pupilas se convertian en agudas flechas que atravesaban mi corazón. ¡Quién no se angustiaba viendo el mudo dolor de Lina! porque no hablaba desesperada no, su palabra era tranquila, pero su mirada era desgarradora.

»Una tarde vino á buscarme al cementerio, y con el delicado instinto y fina perspicacia que distingue á la mujer, aunque yo no le habia contado la historia de mi vida, ella comprendió que en aquella tumba estaba mi felicidad, y por eso vino á buscarme á ella convencida que en aquel lugar sagrado yo no le negaria nada de cuanto me pidiera. Me miró de un modo que me hizo temblar y me dijo: ¡Padre! Gustavo me llama, yo lo he oido, y en nombre de la muerta que aquí duerme, yo os ruego que vengais conmigo, ella os bendecirá y Gustavo tambien. No sé que pasó por mí, no sé que vision luminosa me pareció ver que se alzaba del fondo de la tumba. Miré á Lina como fascinado y le dije: ¡Iremos! En los ojos de la jóven brilló una lágrima de gratitud, y á la mañana siguiente salimos de la aldea acompañados hasta larga distancia por los ancianos padres de Gustavo.

»Despues de mil azares llegamos al lugar donde se habia librado la última batalla; y entre montones de cadáveres y de heridos buscamos á Gustavo, pero inútilmente: al fin entramos en el campamento donde se habia improvisado un hospital y Lina con una mirada abarcó aquel horrible conjunto, y con la rapidez del deseo la vi dirigirse á un extremo de aquel anchuroso recinto y caer de hinojos ante un herido. Cuando pude llegar junto á ella, me costó gran trabajo reconocer á Gustavo, el cual al verme me alargó su diestra buscando la mia, los tres nos unimos en estrecho abrazo y ninguno pronunció una palabra: solo Lina hablaba con sus ojos. Gustavo queria hablar, pero la emocion lo ahogaba, y los tres permanecimos largo rato en una situacion muy difícil de explicar. Las tropas enemigas que habian ganado la victoria, vinieron á incautarse de los vencidos y á recoger en carros los heridos. Lina al ver aquel movimiento se apoderó de una mano de Gustavo y me miró diciéndome con su ademan: Yo no le dejo. Comprendiendo su heroica resolución, me incliné hácia ella y la dije:—Tranquilizate; no le dejaremos. Le tocó por fin el turno á Gustavo, y cuando ya le iban á levantar, el oficial que dirigia aquella tristísima manobra miró fijamente á Lina y á mí que tratábamos de incorporar á nuestro herido; se acercó mas, me miró y exclamó con asombro:—¡Vos aquí Padre German! ¿Cómo habeis dejado vuestra aldea?

»En breves palabras le espliqué la causa que motivaba mi presencia en aquel paraje, y él entonces me dijo:

»—Hace algunos años que os debí la vida: vos sin duda ni me conocéis ni me recordais, pero yo nunca os he olvidado, y quiero de algun modo pagar la deuda que con vos tengo contraida. ¿Qué quereis de mí?

»—Que me deis ese herido que en breves dias será un cadáver, para que al menos ella pueda cerrarle los ojos.

»Sin dilacion accedió á mis deseos, y convenientemente acompañados regresamos despues de mil penalidades á nuestra aldea. El pobre Miguel que diariamente salia al camino para ver si veniamos, al divisarnos corrió á mi encuentro y me dijo que el padre de

Gustavo había muerto impresionado por una noticia falsa que corrió de la muerte de su hijo, y de su madre se ignoraba el paradero. Ante aquel nuevo trastorno hice conducir al herido á mi pobre casa y lo colocaron en mi oratorio, y desde que quedó instalado, comenzaron para mi unos días verdaderamente horribles.

»¡Qué cuadro Señor! ¡qué cuadro! Yo lo comparaba con los primeros años de Lina, cuando Gustavo la dejaba sobre mis rodillas, y me decía:—¡Padre! ¡mírela V! ¡qué bonita es! ¡Qué diferencia con el cuadro que tenía ante mis ojos! ¡Qué metamorfosis!....

¡Lina no parecía ella! hasta había encanecido. De Gustavo no hay que hablar; delgado ennegrecido, con los ojos casi siempre cerrados, con la boca contraída por ahogar gemidos, pero que si conseguía contener sus gritos, no podía en cambio ocultar la sangre que brotaba á intervalos de su boca; la cabeza envuelta en sangrientos vendajes, los cuales por orden facultativa del médico no podíamos tocar; sin poderle dar alimento porque la fiebre lo devoraba; y cuando entraba en el delirio, se partía el corazón al oírle: llamaba á Lina, me llamaba, blasfemaba; y Lina junto á él, muda, sombría con la mirada siempre fija en el rostro del herido, diciéndome á intervalos con voz apagada:

»¡Cuánto le estamos molestando Padre! pero..... poco tiempo le queda de sufrir, porque Gustavo se irá..... y yo me iré con él, porque en la tumba tendría miedo sin mi. Si, si, yo me debo ir con él, yo sin él no quiero quedarme aquí. Yo no sabía que contestar, la miraba, veía en sus ojos una calma espantosa, un no sé qué que me horrorizaba; lo miraba á él, y murmuraba por lo bajo: ¡Señor! ¡Señor! ten misericordia de nosotros; *aparta de mis labios este cáliz*, y si he de apurar hasta la última gota, dame fuerzas Señor, dame aliento para soportar el enorme peso de mi Cruz.

»Gustavo de vez en cuando tenía momentos de lucidez: abría los ojos, miraba á su amada con santa adoración, despues se fijaba en mi y decía con amargura:—¡Pobre! ¡pobre Lina!..... ¡Padre! ¡padre! ¿Es verdad que no hay Dios?..... y el infeliz enfermo comenzaba de nuevo á delirar, y Lina me decía: ¡Padre! ¡padre! roguemos por él...

»¡Qué días Señor! ¡que días! me horroriza su recuerdo: ni un momento de reposo..... ni un segundo de esperanza, sin oír mas que quejas ó imprecaciones, y ver morir á Lina poco á poco. Así pasamos tres meses, cuando una mañana que yo estaba en la iglesia cumpliendo con mi obligación, y Lina en el huerto cogía yerbas medicinales para hacer una tisana, Gustavo hubo de levantarse en un momento de fiebre y buscar en su uniforme una pequeña daga, la cual se la clavó certeramente en el corazón, sin proferir ni un grito, pues Lina nada oyó. A poco entramos en la habitación Lina y yo y al acercarnos á la cama, ¡qué espectáculo Dios mio! no lo podré olvidar jamás: Gustavo estaba con los ojos desmesuradamente abiertos, la boca contraída por una amarga sonrisa, en su mano izquierda tenía los vendajes que se había arrancado de la cabeza, y la daga la tenía clavada en el corazón. Lina sin preferir una queja cerró piadosamente sus ojos y al querer arrancarle la daga experimentó una violenta sacudida y lanzó una estridente careajada, que siempre resonará en mi oído: despues se levantó, se abrazó á mí, y durante cuarenta y ocho horas no hizo mas que reír presa de terribles convulsiones. En aquellas cuarenta y ocho horas, agoté cuarenta y ocho siglos de sufrimiento. ¡Qué agonía! ¡qué angustia! ¡qué suplicio! no hay frases que puedan describir mi horrible tormento! Al fin resonó la careajada postrera, por un momento sus ojos se iluminaron con un rayo de inteligencia, estrechó mis manos tiernamente y reclinó su cabeza en mi hombro del mismo modo que lo hacía cuando niña; y yo aterrorizado permanecí no se cuanto tiempo inmóvil, petrificado ante tan inmensa desventura.....

»En la tarde de aquel día todos los habitantes de la aldea acompañamos al cementerio los cadáveres de Lina y de Gustavo regando la tierra de su fosa con lágrimas de amor. Los enterré junto á ella, al lado del ídolo de mi alma, y todos los días visito las dos tumbas experimentando encontradas sensaciones.

»Cuando me postro en la buesa de la niña de los rizos negros mi alma sonríe, parece que mi sér adquiere vida, y una dulcísima tranquilidad se apodera de mi mente; mis ideas en ebullición continúa, en vértigo constante, pierden su dolorosa actividad, y algo puro, suave, y risueño viene á acariciar mis sentidos; mis ojos se cierran, pero si mi cuerpo se siente dominado por el sueño, mi espíritu vela y se lanza al espacio, y la veo á ella, hermosa y sonriente que me dice con ternura:—Termina tu jornada, sin impaciencia, sin fatiga, calma tu íntimo afán, que yo te espero, y á los dos nos espera la eternidad!..... y me despierto agil y ligero, fuerte, lleno de vida, me levanto, beso las flores que crecen lozanas sobre los restos de su envoltura, y esclamo alborozado: ¡Señor! tú eres grande! ¡tú eres bueno! ¡tú eres omnipotente porque es eterna la vida de las almas, como eterna es tu divina voluntad!

»Después me detengo en la tumba de Lina y Gustavo, y me siento poseído de un malestar inexplicable: le veo á él, frenético, delirante, rebelándose contra su destino, rompiendo violentamente los lazos de la vida, negando á Dios en su fatal locura; y á ella poseída del mismo frenesí riéndose con terrible sarcasmo de la muerte de su felicidad, y en este drama espantoso, en esta horrible tragedia, hay la fiebre de la pasión llegada al grado máximo de la locura; hay el fatal egoísmo del hombre, porque Gustavo se mató para no sufrir más, convencido por el exceso de su dolor, que su herida era incurable; dudó de la misericordia de Dios para el cual nada hay imposible, porque quién sabe si al fin se habría curado!..... No tuvo en cuenta el dolor inmenso de Lina, jugó el todo por el todo, quizo en su insensatez poner fin á lo que fin no tiene..... y la desgraciada Lina herida en la fibra más sensible también se olvidó de Dios y de mí; en nada tuvo ni su fé cristiana ni mis cuidados, ni mis enseñanzas ni mi amor, solo en su última mirada parecía que me pedía perdón por la honda herida que dejaba en mi alma, herida tan profunda que no podrá cicatrizarse en la tierra.

»Ella y él se entregaron en brazos de la desesperación; por eso en su tumba yo no puedo sonreír; porque sus sombras atribuladas deben buscarse la una á la otra; y durante algún tiempo no se verán, por que es delito grave el quebrantar el cumplimiento de la ley. Todos los dolores son merecidos, todas las agonías justificadas, y el que violentamente rompe los lazos de la vida, despertará entre sombras. ¡Feliz el espíritu que sufre resignado todos los dolores, porque al dejar la tierra cuán hermoso será su despertar.....!

»¡Séres queridos! jóvenes que soñasteis con un porvenir de amor! almas enamoradas que yo tanto he amado! ¿Dónde estais? ¿Porqué habeis dejado vuestra blanca casita? ¿Porqué habeis abandonado á los pobres pajarillos que recibían el pan de vuestra mano? ¿Por qué habeis olvidado al solitario anciano que á vuestro lado sentía el dulce calor de la vida? ¿Por qué os habeis ido?.....

»¡Ay! se fueron porque la guerra, esa hidra de cien cabezas, esa hiena furiosa tenía sed de sangre y hambre de juventud..... y hombres fuertes que sostenían el paso vacilante de sus ancianos padres, corrieron á hundir en la tumba el progreso del porvenir, la esperanza de muchas almas enamoradas. ¡Oh! la guerra! la guerra! tiranía odiosa de la ignorancia! tu conquistas un palmo de tierra con la muerte de millones de hombres.

»¡Derechos de raza! feudos de linaje! ¡poder de la fuerza! vosotros desaparecereis porque el progreso os hará desaparecer! La tierra no tendrá fronteras porque será una sola nación! Este derecho brutal, ese odio al extranjero tendrá que extinguirse. ¿Qué quiere decir extranjero? ¿No es un hombre? ¿No es un hijo de Dios? ¿No es nuestro hermano? ¡Oh! leyes y antagonismos terrenales! ¡Oh! bíblico Cain! cuántos Caines has dejado en la humanidad! Señor, perdóname si algunas veces me hace feliz la idea de abandonar este fatal destierro. Perdóname si cuando mi cuerpo fatigado cae desfallecido te pregunto con melancólica alegría: ¡Señor! ¿llegó mi hora? Los hombres de este mundo con sus ambiciones, con sus leyes tiránicas me aterran. La flor de la felicidad no abre en la tierra y yo deseo aspirar su perfume embriagador: yo deseo una familia dulce, amorosa, y en este planeta tengo mi hogar en un cementerio.

»¡Lina! ¡Gustavo! y tú, alma de mi alma! la niña pálida de los rizos negros!..... ¡espíritus queridos! no me abandoneis! dadme aliento, acompañadme en el último tercio de mi jornada! Los ancianos somos como los niños, ¡nos asusta tanto la soledad!.....»

¡Qué alma tan grande y tan buena es la del Padre German! ¡Qué interés tan verdadero sentía por cuantos le rodeaban! ¡Qué amor tan puro sentía su espíritu! él hizo suyas las penas de los demás, él practicó la ley de Dios; él cumplió fielmente con su deber. Bendigamos su memoria y pidamos á los buenos espíritus que nos ilumine, que nos inspire para que podamos escribir algún día sus impresiones al dejar la tierra.

¡Oh! sí, Padre German; envuélvenos con tu flúido y trasmite á nuestro pensamiento las sensaciones que experimentaste al dejar tu aldea, que si en la tierra era tan puro tu sentimiento, ¡cuanto más deberás sentir ahora contemplando las maravillas que debe atesorar el Infinito!

Si logramos interpretar tus pensamientos, si conseguimos recibir directamente tus inspiraciones, la más profunda gratitud nos hará exclamar: ¡Bendita, bendita sea la clemencia de Dios, que concede á los ciegos de la tierra los espléndidos rayos de la luz!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.



A UN ESPÍRITU.

De profunda gratitud
Yo tengo henchida mi alma,
Y de bonancible calma
Disfruto dulce quietud.
Si agradecer es virtud,
Yo esa virtud la paseo,
Y hasta me figuro y creo
Que ella te atrae adonde estoy,
Pues donde quiera que voy
Tú sombra siempre la veo.

¿Es que te acercas á mí,
O es que te voy yo á buscar?
Es difícil explicar

Lo que está pasando aquí.
De continuo pienso en tí,
Y miro tus ojos fijos
En los pobres, que cual hijos
Los mirabas y decias:

«Yo haré mas dulces sus dias
Con mis cuidados prolijos.»

Y lo cumpliste, pues fuiste
Alivio de los cuitados,
Y á enfermos abandonados
El remedio le ofreciste.

¡Cuánto, cuánto bien hiciste!
¡Y con que anhelo lo hacias!

¡Gozabas!..... te compiacias
En prodigar el consuelo,
Cifrándose tu desvelo
En difundir alegrías!

¡Alma grande! ¡alma cristiana
Donde anidó el sentimiento!

Fijando tu pensamiento
En la gran miseria humana;
Pensastes en el mañana

De los pobres afligidos,
Escuchaste sus gemidos,
Y al comprender su afliccion

Dijiste á tu corazon:
«Apresura tus latidos.

»Házme sentir y correr
En pos de los desgraciados
Que con los desheredados

Quiero cumplir mi deber.
Quiero yo su amparo ser,
Quiero su llanto enjugar,
Quiero una esperanza dar

A los que dudan de todo,
Quiero hallar el mejor modo
De hacer bien y progresar.

»Quiero la luz y la fé
De una nueva religion,
Que sea el templo la creacion

En la cual yo adoraré
A su Autor; pues le veré

En su gran laboratorio,
Sin ese infierno irrisorio
Que forjó la teología,
Que rechaza el alma mia
Lo mismo que el purgatorio.

»Quiero el Dios de la verdad:

Quiero el Dios de la razon,
Y la regeneracion

De esta pobre humanidad;

Quiero que la sociedad
Moralice sus costumbres;

Quiero que las muchedumbres
Elevan su sentimiento,

Y tengan paz y contento

Bajo sus pobres techumbres;

»Quiero que el rico le dé

Al pobre su proteccion,

Que halla verdadera union

Entre la luz y la fé;

Realizar cuanto soñé

Es mi anhelo y es mi afan;

Todos mis cálculos van

A este punto, á conseguir:

Que el pobre pueda vivir

Sin nunca faltarle el pan.»

Esto siempre repetias,
Muchas veces te escuché,

Tu sentimiento admiré,
Y soñé en mejores dias;

Porque á los pobres querias,
En sus dolores pensabas

De su vida te cuidabas.

Con un afan tan profundo,

Que yo creo que ni un segundo
De sus penas te olvidabas.

El que á los pobres amó,
¿Como se le ha de olvidar?

El que tanto supo dar.....
Algo en cambio recogió.

Tu recuerdo tengo yo

Tan infiltrado en mi mente,

Y tu imágen tan presente,

Que vivo estás para mí,
Y creo que pensaré en ti

No lo dudo, eternamente.

Las deudas del corazon

Se deben pagar con creces.

¡Fuiste muy bueno! y mereces

En justa compensacion

Eterna recordacion

De tu afan noble y profundo;

Recuerdo que ni un segundo
Deje de aclamar tu nombre

Diciendo que fuiste un hombre
¡De los mejores del mundo!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

ANTONIO.

Nací en Cartagena en el año 1807. Hijo de padres muy honrados, aunque pobres, no pudieron darme una brillante educación y resolvieron ponerme á un oficio; pero á mi ninguno me gustaba. Cuando tenia once años, la muerte me arrebató en dos meses á mi padre y á mi madre, quedándome en el mundo solo con una hermana que contaba siete años. ¿Qué hubiera sido de mi, si Dios, padre tan misericordioso, no me hubiera ayudado con su potente mano?

Un vecino de la calle que tenia una pequeña tienda de abaceria, se compadeció de nosotros, y nos tomó bajo su proteccion, diciéndome á mi, que, el dia que le diera el mas pequeño disgusto me echaria á la calle, y que si queria ser bueno y darle gusto que habia de estarme siempre en la tienda, tenerla muy limpia y despachar bien á todos los compradores, procurando que estos estuvieran bien contentos y que no dieran ningana queja de mi. Comprendí tan bien mi triste suerte, que desde aquel dia para mi no hubo juegos, paseos, ni diversiones.

Yo solo me busqué la manera de poder estudiar algo, porque me parecia que cuanto más supiera mas útil seria á mi protector: y, ¡qué trabajos tuve que pasar para encontrar quien me sirviera de maestro! pues como no tenia dinero, no podia pagar á mi profesor. Pero por fin encontré, y Dios siempre misericordioso, la tuvo tambien de mí; despertó en mi corazon un amor tal al trabajo y al estudio, que no descansaba un sólo momento: Cuando no habia nadie en la tienda estudiaba ó escribia: un fraile de san Diego, me daba lecciones, me enseñó el latin, la Gramática castellana y la aritmética con alguna estension.

Al rayar el dia ya me encontraba sentado en la puerta de la iglesia; porque mi Maestro, que se llamaba Fray Felipe, era el primero que decia la misa y yo le hacia de monaguillo. Cuando se acababa la ceremonia, pasábamos á la Sacristía y allí, me tomaba la leccion propinándome cuando no la sabia una buena porcion de pescozones y estirones de orejas. De este modo llegué hasta la edad de quince años, en cuyo tiempo se me murió mi bienhechor. Con un hermano del padre Felipe pasé á Valencia, donde con mucho placer pude matricularme y llegué á conseguir tener el título de «Maestro de 1.^a y 2.^a enseñanza.» Pero, ¡cuánto trabajo me costó y cuántas privaciones tuve que sufrir! Daba lecciones á siete señoritas ricas, y apenas con lo que me pagaban tenia para cubrir las primeras necesidades. No es extraño, porque los que teníamos la misicn de difundir la luz del porvenir, eramos unos verdaderos mártires que teníamos por patrimonio el hambre, pues se miraba á los maestros con el desprecio que daba la ignorancia de aquellos tiempos que aun estaba en embrion la luz de la verdad; pero en fin con tantas contrariedades tuve que luchar, que hoy me parece mentira que pudiera luchar tanto. A los veinte años llegué á conseguir que me dieran la escuela de un pequeño pueblo. Tenia que enseñar 104 niños, de estos tenia 30 que no me daban nada, otros me daban 12 cuartos cada mes y los mas ricos de 6 á 7 reales, que junto con 3 reales que me retribuía el Ayuntamiento se remontaba mi salario á unos 7 reales diarios, con lo cual apenas podia cubrir las necesidades mas imperiosas de mi vida.

A consecuencia de esto, tuve que enseñar á mi estómago á no comer bien mas que una vez al dia: por la mañana tomaba un poco de pan y agua, y por la noche lo mismo. Así pasé dos años hasta que otro amigo me llamó á otro pueblo mas grande y por su mediacion me dieron una escuela dotada con 2 pesetas diarias. Esto para mí fué un gran paso: allí conocí á la hija única del otro Maestro que habia en el pueblo, yo me enamoré de ella hasta la médula de los huesos, y ella de mí lo mismo. Poco tiempo despues la hice mi esposa, con la cual he sido muy feliz. Como mi suegro era Maestro y entonces no habia mas que él y yo en el pueblo y él era ya viejo, le propuse que juntáramos las escuelas y ayudarnos mutuamente; el cual, aceptó quedando altamente complacido y dándome las gracias cada dia, porque el pobre á mas de su avanzada edad, tenia muy poca salud, y á mas, mi suegra tenia escuela de niñas, y en particular de la escritura, era necesario que su esposo, ó yo le enseñáramos á las niñas porque la pobre apenas sabia para ella: hice á mas que mi esposa se pusiera de ayudanta con su madre y entre los cuatro quedamos encargados de la instruccion de mas de 300 criaturas de ambos sexos. Así pasaron muchos años en los cuales tenia que multiplicarme, porque mi suegro habia muchos dias que por sus achaques y muchos años no podia asistir á las clases y solo tenia que arreglarme con tantos, para lo cual, tuve que es-

tablecer sistemas de enseñanza por mi inventados y que me dieron grandes resultados. Con la enseñanza he sufrido mucho, pero he gozado mil veces mas.

En 40 años y 5 meses que he ejercido el profesorado, he tenido el incalculable placer de quitar la primera corteza á mas de 3,000 criaturas de ambos sexos. Ya podreis figuraros si habré podido estudiar el corazon de las criaturas: llegué casi á leer en la cara de mis discípulos como si fuera un libro. Un dia uno de mis discípulos al que yo siempre sujetaba por su gran viveza y en el cual descubria un gran talento, pero acompañado de una pereza sin límites, viéndose siempre vigilado y cargado de trabajo, lo cual yo hacia para desterrar de su alma la pereza, se me enfureció de tal manera, que me tiró un tintero, el cual dió en la mesa que yo tenia en la plataforma. Tal atrevimiento me dió un disgusto grandísimo, pero fué mas grande, muchísimo mas grande el placer que este mismo discípulo me dió á los pocos años cuando fué nombrado catedrático de la Universidad de Madrid en la facultad de medicina, cuya cátedra ganó por oposicion; y el dia que llegó al pueblo vino en busca mia y echándose en mis brazos me decia: Todo, todo se lo debo á V. mi querido Maestro; perdóneme V. lo del tintero y todo lo que he podido ofenderle durante mi permanencia en la Escuela. Venga V. conmigo á mi casa porque no sé como dar á mi pobre madre la noticia de que soy todo un catedrático.

¡Con cuanto placer, Dios mio, fui á dar tan grata noticia á su madre! Que dia tan feliz fué para mi aquel cuyo recuerdo no se borró de mi mente en mucho tiempo! De estos dias he tenido muchos; porque el pueblo en que yo he pasado la mayor parte de mi vida, es uno de los que comparativamente con su pequeñez, han dado á España muchos hombres de talento y siempre me han recompensado mis discipulos, con su cariño y atenciones.

Tambien he tenido muchos disgustos y sinsabores con la enseñanza y con la familia, pero de todos contaré no mas que uno que es algo notable y que para mí fué una gran prueba la cual llevé de la mejor manera que pude.

Era el año 1854; el cólera morbo se declaró en la mayor parte de las provincias de España; á los primeros casos que se dieron en el pueblo recibimos la órden de cerrar las escuelas y salir del pueblo si lo teníamos por conveniente; cuando dí á mi esposa esta noticia, muy contenta me dijo: Pues vámonos al campo. Y en efecto, en pocas horas todo lo tuvimos listo. Yo por mi parte preparé un pequeño botiquin con algunas plantas medicinales. Mi esposa preparó y compró viveres suficientes por cuatro meses, y en dos carros bien arreglados nos trasladamos á una pintoresca posesion del padre de mi suegro, el cual venia con nosotros, y componíamos la comitiva, mis suegros, el abuelo, mi esposa, una niña, la criada y yo.

ANTONIA AMAT DE FORRENS.

(Se concluirá.)



PENSAMIENTOS.

La instruccion mata la guerra.—*Castelar.*

El que entre jóven en buen camino, no le dejará aunque llegue á viejo.—*Salomon.*

Nunca sabreis quienes son vuestros amigos, hasta que caigais en desgracia.—*Napoleon.*

Mas vale un bocado de pan con alegría, que la casa llena de regalos si en ella no hay paz.—*Salomon.*

La verdad es el médico y el verdugo del estómago.—*Proverbio aleman.*

La ignorancia, engendra el vicio, la pereza, el egoismo y el crimen.

La tierra no produce para los ignorantes sino malezas y abrojos.—*Jovellanos.*

No es menester ser sábio para saber de que modo se debe obrar: basta ser bueno.
Labrusse.

La conciencia es el primer libro de moral que poseemos, y es el que mas debemos consultar.—*Pascal.*

Letras sin virtud son perlas en el muladar.—*Cervantes.*

Reflexionar mucho y hablar poco es el gran secreto para aprender.—*Moral de los chinos.*

Si dudas de ia justicia de una accion abstente de ella.—*Idem.*